EL CONVIVIO
DE LOS NIÑOS

CUENTOS A SONNY

Escritos en inglés por S. PEREZ TRIANA

Versión castellana de TOMAS O. EASTMAN

Número I

PUBICADO POR J. GARCÍA MONGE
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.
1921

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica

Prefacio

Estas historietas le fueron contadas a Santiaguito durante la primavera y principios del verano del presente año, en nuestros paseos matinales por el frondoso Retiro de Madrid. Era llegado el momento de cortarle los rizos al niño, y eso nos turbaba el espíritu a su madre y a mí. Coincidió aquel período con la guerra ruso-japonesa y con otros acontecimientos que parecían preocupar a las gentes.

Esos rizos, que como un halo cercaban su carita de infante, tuvieron que ser relegados a los archivos de la memoria, con tantas otras cosas bellas que tuvieron su día: las flores de las pasadas primaveras, las brisas fragantes de los veranos idos.

Santiaguito cumplía ocho años. Contarle estas fábulas fué un placer para mí. A él le gustaron y ésta fué crecida recompensa, superior a todas mis esperanzas.

Otros chiquillos a quienes luego se les han contado, les han impartido también su aprobación. No se les debe aplicar una crítica más alta, si es que puede haber una crítica más alta en el presente caso. No espero, pues, la aprobación de las personas mayores; más aún, no me halagaría gran cosa.

Vuelen por el mundo estas fabulillas tal como nacieron—sin arte y sin pretensiones.—Tal vez agraden a otros chiquillos. No por su mérito, que ninguno tienen, sino por la sagrada pureza de las horas en que nacieron, para el autor serán siempre estas historietas una fuente de sereno regocijo y un tesoro de íntima ternura.

S. PEREZ TRIANA

Madrid, Setiembre, 1905.

El arroyuelo

SONNY andaba cogiendo flores por la ladera. Medio ocultas entre el césped veíanse flores blancas, azules y amarillas.

Al arrancar una pequeñita, sintió en la mano algo como una caricia, como cuando el perro se la lamía. Miró y vió un hilito de agua que manaba del suelo y centelleaba a la luz del sol.

—Buenos días, arroyuelo—dijo Sonny.

—Buenos días, Sonny—le contestó el arroyuelo. Esa inesperada respuesta no dejó de causarle admiración a Sonny por algunos instantes.

—¿De dónde vienes?—preguntó el niño.

—De las entrañas de la tierra.

—¡Las entrañas de la tierra! ¿Y qué es eso?

—De debajo del suelo; hondo, muy hondo.

—¡Ah! ¿Es bonito allá?

—No; es oscurísimo, horroroso, y no sabe uno por donde anda. Y está uno siempre entre rocas enormes, y rendijas estrechas, y grandísimas cavernas negras, donde el viento da gemidos al soplar y donde se oyen ruidos que ponen miedo.

—¿Y cómo saliste de allá?

—Como ya había estado antes acá arriba, sentía deseos de volver a ver el sol, y el cielo, y los árboles, y las flores, y todas estas lindas cosas; así fué que apenas ví un rayito de luz me fuí yendo tras él, tras él, y... aquí me tienes.

—¿Vas a quedarte aquí?

—¡Oh, no! tengo que ir a donde me lleva la colina.

—¿La colina? Ella no te llevará a ninguna parte, porque no se mueve.

—No se mueve, pero se inclina y me hace rodar.

Entretanto el arroyo había ido formando un pozo; luego desbordó y empezó a fluir lentamente, detenido a cada instante por las piedras, las ramas caídas y los montículos de tierra. Pero él desbordaba por encima después de algunos instantes, o torcía el curso por un lado, andando siempre hacia abajo.

Sonny seguía detrás, notando que el arroyo iba creciendo a medida que otros arroyos se le juntaban.

Pronto llegaron al pie de la colina. No lejos de allí se alzaba un alto muro de piedra sobre el camino del arroyo.

—No puedo pasar por encima de este muro —dijo el arroyuelo.—Pero ya encontraré alguna abertura por debajo.—Y se deslizó a lo largo del muro hasta que encontró la abertura.

—¿Pero vas a dejarme?—dijo Sonny;—yo no puedo pasar por debajo de ese muro.

—Tú debes buscar alguna puerta.

Sonny encontró una y pasando por ella fué a juntarse con el arroyuelo. Lo encontró encharcado en un gran pozo y muy distinto ya del arroyuelo chispeante que con él había bajado de la colina.

—¡Hola, Sonny!

—¿Hola, eres tú?

—Sí, estoy preparándome para el viaje.

—¿Aún vas más allá?

—Por supuesto; si apenas acabo de partir. Todavía tengo que cruzar estos campos, deslizarme bajo aquellos árboles, pasar por entre

aquellas montañas que azulean a lo lejos y seguir más adelante, más adelante.

Sonny se sintió triste: le habría gustado tanto proseguir con su amiguito, pero ¿cómo hacer? El arroyo notó lo que Sonny sentía; y como cada arroyo tiene un hada, él evocó la suya, sin que el niño supiera cómo. El hada apareció en la canastilla de un globo muy grande, conducido por dos águilas blancas muy hermosas; luego preguntó para qué la habían llamado.

El arroyo la dijo:—Sonny, que es este amigo mío, desea acompañarme; y yo querría que tú lo tomases en tu globo y que juntos me siguieseis.

El hada sonriendo colocó a Sonny a su lado. El arroyo echó a andar nuevamente. Ya había crecido de un modo considerable, y a medida que avanzaba recibía nuevos arroyos que iban aumentando su volumen.

Sentado al lado del hada, Sonny se sentía contentísimo y podía entender lo que decían todas las cosas que le rodeaban. Las hojuelas del césped murmuraban: Agua, agua, ¡oh qué placer! Y las plantas y los arbustos repetían: ¡Oh qué placer! Y los árboles copados, incli-

nando la cabeza, susurraban: Agua, agua, ¡oh qué placer!

Los pájaros y las flores y todos los seres vivientes parecían regocijarse al paso del arroyo; la naturaleza y la vida cobraban nueva luz, y Sonny lo veía muy bien.

A su tiempo el arroyo llegó a la estrecha garganta de las montañas. Un peñasco enorme cerraba el paso, diciendo con altanería: ¡Atrás, atrás! ¡Por aquí no pasarás! El arroyo se precipitó sobre la roca, la cubrió de espumas, y siguió de largo su camino riendo de gozo.

Un cerro grande y pedregoso, vino luego a interponerse en el tránsito diciendo: ¡Atrás! ¡Por sobre mí no podrás pasar!

El astuto arroyo torció el curso por el pie del cerro y prosiguió su marcha gozosamente.

Desde el altísimo risco se desplomó después en una profunda cuenca de roca, arqueando el lomo y tronando con pujanza. De allí siguió, tras ligero reposo, por el declive de la montaña.

Y encontró ruedas grandes y pequeñas y las puso en movimiento para que hilasen el algodón en los telares, y aserrasen las trozas convirtiéndolas en tablaje y moliesen el grano convirtiéndolo en harina.

Al pie de las montañas, en los campos donde las cosechas carecían de riego, la corriente se extendió en todas direcciones repartiendo nueva vida. Y en todas partes era una bendición para los hombres, para las plantas y para las bestias.

Pero ya no era un arroyo: ya era un río. Sobre sus riberas se alzaban casas y granjas, y sobre sus lomos flotaban numerosos barcos.

El hada tocó el globo con su varita y lo convirtió en un hermoso bote; tocó las águilas y las convirtió en dos delfines con brillantes arreos de plata; enganchados al bote, iban remolcándolo por el centro de la corriente.

A poco se deslizaron bajo los arcos de grandes puentes. En las riberas surgían palacios, iglesias, fábricas y muelles, a los cuales estaban amarrados navíos inmensos. Sonny veía todo aquel desfile de maravillas; los palacios, los navíos, y las casas se reflejaban en el agua y semejaban otro mundo invertido.

El río era más ancho a cada instante; las ciudades aparecían y volvían a desaparecer; buques de diferentes tamaños y aparejos pasaban navegando; un viento salino le rozaba las mejillas a Sonny.

Un gran ruido, como de un trueno distante, comenzó a llenar los aires. Del fondo del río surgió la voz del arroyuelo, la misma voz que Sonny había oído en la lejana colina, mucho tiempo antes, por lo que a él le parecía:

—El Océano está ya muy cerca, y ahí termina mi viaje. Oye, Sonny, niño querido: tenemos que volver a la colina donde nos encontramos primero, a coger flores silvestres...

Y se extinguió la voz del arroyo; y el hada, el bote, los delfines de brillantes arreos, el anchuroso río y el trueno lejano, todo, todo se desvaneció repentinamente.

Sonny despertó y se encontró tendido sobre el césped, en la ladera, cerca del arroyo que seguía corriendo y centelleando a la luz del sol. Todo estaba como antes, sólo que el arroyo había perdido la facultad de hablar.

De cómo la familia Chimp vino a la ciudad

Con ser y hallarse en la plenitud de la vida, míster Chimp se había ya retirado de las ocupaciones activas. Vivía tranquilamente en el seno de su familla, feliz en el amor de missis Chimp y de los cuatro retoños, dos chicos y dos chicas, que el cielo le había deparado para bendición de su casa.

Casa situada en lo profundo de una dilatada selva, poblada de árboles mayores, que alzaban a grande altura sus tupidas copas y entrelazaban sus brazos extendidos, por muchas leguas a la redonda.

Debajo de los árboles, en el monte bajo, bullían numerosos y variados los habitantes de la selva; grandes unos, chicos otros; éstos corrían, aquéllos se deslizaban; los de acá se arrastraban torpemente; los de allá iban marchando con lentitud y solemnidad. Había ardi-

llas y conejos, zorras y venados, lagartos y culebras, osos y gatos monteses, y una turba de pájaros bulliciosos, de plumaje vario, cuyos nidos colgaban de las ramas de los árboles.

Pero los Chimps no alternaban con todo el mundo. Ellos habían escogido una de las ramas superiores de uno de los árboles más altos, y allí dejaban correr la vida, lejos de las turbas insensatas, gozando de una perfecta felicidad doméstica.

Fieles a las tradiciones de su raza, no usaban vestidos de ninguna clase; circunstancia feliz que los ponía a salvo de sastres y modistas, cuya llegada no siempre es causa de regocijo en los lugares comunes y corrientes. Para eso tenían los Chimps su pelliza natural, que les mantenía calentitos y que, en términos del oficio, les venía al cuerpo como pintada.

Los quehaceres domésticos no eran para rendir de fatiga a missis Chimp. Baste decir que no tenía que cocinar, porque el bosque circunvecino proveía a la familia de alimentación abundante, que consistía sobre todo en nueces, con aditamentos ocasionales, por vía de golosina, de hojas y tallos tiernos, procedentes de ciertas plantas comestibles. Tampoco había, es

claro, cuenta del tendero, ni del carnicero, ni del panadero, ni de los demás proveedores de las casas de las ciudades.

Ventaja pura y neta era todo aquello; de manera que los dichosos padres, libres de cuidado en cuanto al mantenimiento de la familia, podían dedicarse por entero a la superior educación de sus hijuelos. Inculcábanles, pues, aquellas máximas de virtud y de sabiduría que habían de asegurarles luego la felicidad terrena.

Los Chimps estaban provistos de ciertos apéndices comunmente llamados colas. Eran largas, flexibles, fuertes, y podían enroscarse de mil modos diferentes. Si los bípedos llamados hombres se detuviesen a meditar sobre el asunto, debieran dolerse a la continua de haber perdido un aditamento tan útil como la cola.

Mientras missis Chimp, aficionada al descanso, como suelen serlo las damas de edad madura, se quedaba perezosamente en la cama en la comba de una rama favorita, míster Chimp salía algunas mañanas a dar un paseo con sus hijos por los árboles vecinos. Él guiaba la marcha, saltando de una en otra rama y de uno en otro árbol, seguido por su amorosa prole. El precavido míster Chimp calculaba los saltos de

modo que fuesen adecuados a los músculos de los chiquillos. Al principio, en distancias no muy largas, los saltos eran como los que daría cualquier bípedo en el suelo; luego les fué enseñando a que se sirviesen poco a poco de la cola para salvar distancias mayores. Envolvía la cola en una rama sólida, columpiaba el cuerpo como un péndulo en el aire, y, adquiriendo el necesario empuje, soltaba la cola de donde la tenía asida y se lanzaba a una rama del árbol próximo. Los niños seguían el ejemplo, con mucha timidez al principio, regocijados del sport después. Así hicieron largos paseos, en los cuales exploraron todos los rincones y vericuetos de la floresta.

Con el tiempo llegaron a realizar verdaderas proezas de atrevimiento. Bajo la dirección paterna todos los niños se colocaban en cadena viviente, eslabonando la cola del uno al cuello del otro, sostenidos en el punto de partida por míster Chimp, cuya cola se envolvía a la rama de un árbol; columpiándose luego la cadena entera, que en sus oscilaciones recorría larguísimas distancias, el individuo del extremo se agarraba a una rama allá lejos, el padre se dejaba ir entonces, y he aquí que todos los Chimps

iban a dar con sus personas a un árbol diferente.

Al volver a casa, cargados a menudo con los despojos de la correría, tomaban el almuerzo y después de un ligero descanso, míster Chimp se ponía a instruir a sus hijos en la ciencia de la vida, con sus vicisitudes y peligros, tal como la amarga experiencia se la había enseñado a él mismo.

Y aconteció cierto día que, mientras la familia almorzaba, llegó a sus oídos el sonido de una voz distante. La voz, que apenas se alcanzaba a oir, venía de abajo.

—¡Chimp! ¡Chimp! —decía. Luego sonó más cerca repitiendo:—¡Chimp! ¡Chimp!

Missis Chimp, alerta siempre y de ojo avizor, fué la que primero advirtió de dónde venía aquella voz. Allá abajo, al mismo pie del árbol, estaba un hombre pelirrojo, con la cara vuelta hacia arriba, el sombrero en la mano y gritando:—¿Quiere usted bajar, míster Chimp?

—No, no bajes, querido mío,—dijo missis Chimp: ese que te llama es un hombre malo y puede hacerte algún daño.

—Señora—dijo el hombre,—yo no soy malo. Sólo he venido a invitar a usted, a mís-

ter Chimp y a los niños para que me acompañen a un corto paseo a la ciudad, donde todos ustedes tendrán muy lindos vestidos para ponerse.

—¡*Vestidos*, Chimp! Este no puede ser un hombre malo. Bajemos a ver qué quiere.

Con obediencia de marido, míster Chimp siguió el consejo de su mujer y en un abrir y cerrar de ojos la familia toda, deslizándose por el tronco del árbol, estuvo delante del recién venido.

Este avanzó y le dió un caluroso apretón de manos a míster Chimp.

—¿Cómo está usted? Celebro infinito verlo. A los pies de usted, missis Chimp ¿y los chiquillos? ¡Vamos, son un primor! Felicito a ustedes con toda mi alma. He venido a invitarlos a la ciudad. Mi coche espera a la salida del bosque. En la ciudad ustedes tendrán que ponerse vestidos: ¡la gente tiene tantas preocupaciones! Y en lo social uno debe pecar más bien por carta de más que por carta de menos. Conque, ¿vienen ustedes? Por supuesto que sí; así lo esperaba yo. A ustedes se les espera con infinita curiosidad... digo... quiero decir, con ansiedad, pues el nombre y buena fama de uste-

des, ha llegado a noticia de nuestras gentes, y están deseosísimas de verlos y conocerlos a todos ustedes.

Entretanto el hombre de los cabellos rojos iba andando con míster Chimp de la mano y seguido por missis Chimp y los chiquillos. Pronto llegaron a donde estaba un gran carruaje con cuatro caballos enganchados. El hombre abrió la puerta y empujó dentro a míster Chimp, y en un decir Jesús toda la familia Chimp se encontró en el carruaje, rodando sin saber adónde y escuchando la cháchara incesante del nuevo amigo, acerca del mundo maravilloso que iban a ver dentro de poco.

Algunas horas después llegaron a la ciudad, cosa que antes no habían visto nunca, pero sobre la cual les habían llegado algunas vagas noticias, traídas al bosque por un amigo de míster Chimp, gran viajador en sus mocedades.

Casas, iglesias, calles, plazas, parques, tranvías, carruajes, estatuas, fuentes, todo un mundo de cosas revueltas, maravillosas e incomprensibles que aparecían a sus ojos hormigueando en todas direcciones, y una multitud de seres muy parecidos a los Chimps, sólo que iban cubiertos con ciertos ajuares llamados

vestidos, de los cuales había hablado el hombre pelirrojo.

El coche se detuvo, abrióse la portezuela y el pelirrojo se apeó a la entrada de un edificio muy grande.—Aquí, dijo él—los vestirán a ustedes a la última moda. Usted, míster Chimp, se servirá pasar a esta habitación, los chicos al departamento de los niños, las niñas allí a la izquierda, y usted missis Chimp, tendrá la bondad de subir conmigo al departamento de las señoras. Yo esperaré luego abajo, y estoy seguro de que al salir todos ustedes estarán perfectamente satisfechos del resultado.

Míster Chimp fué el primero que salió, media hora después. Estaba hecho todo un caballero, chistera en la cabeza, lentes en los ojos, un cuello alto y rígido, corbata con un luciente alfiler de diamantes, levita larga, chaleco de fantasía, pantalón a cuadros, botas de charol, guantes, cadena de oro, reloj en el bolsillo, nada se había olvidado.

Parece que la cola había resultado un tanto estorbosa, pero el inteligente oficial se había dado trazas de ocultarla, o a lo largo de las espaldas, o por entre la pierna del pantalón, que sobre este punto las crónicas no andan com-

pletamente acordes; de suerte, que míster Chimp habría podido ingresar en cualquier Directorio o Parlamento, sin lesión ni detrimento para el puntillo de sus colegas por lo del apéndice aquel.

En el andar mostraba míster Chimp la seguridad de quien se siente en su elemento. Comprendía que los vestidos que llevaba lo igualaban a la generalidad de los bípedos que se movían a su alrededor.

Mientras estaba allí en satisfacción muda, cayeron sus miradas sobre una dama elegante y graciosa que a la sazón salía del edificio. Como él sabía que missis Chimp se hallaba a conveniente distancia, resolvió ¡al fin hombre! seguir a la hermosa y tal vez abordarla, si eso era posible.

Andando casi de puntillas, con gracioso contoneo de cuerpo y una sonrisa seductora en los labios, se acercó a la bella desconocida:—Señora—la dijo—¿me permitiría usted que...?

Por debajo del enorme sombrero, poema de paja, fieltro, plumas, pájaros disecados y flores exóticas artificiales, se volvió hacia él el rostro de la dama. Suspensos se quedaron por un instantes los dos interesados.

—¡Cómo, Chimp! ¿Eres tú? —exclamó missis Chimp—porque era ella, ella en persona.

Habíanla ataviado a la última moda. No es para un simple mortal masculino intentar siquiera la descripción de las maravillas de indumentaria que la oficiala había superpuesto y ordenado en el cuerpecito de missis Chimp. Allí había cintas y encajes, sedas y gasas, bordados y terciopelos, mullidos, esponjamientos y unas como nubes crespas, ballenas, fajas elásticas y todos los misteriosos, incontables e indescriptibles elementos de que se sirven las mujeres para realzar su belleza y para gastar el dinero de sus maridos.

En fin, que missis Chimp estaba hecha la gran señora y que habría sido flor y prez en cualquier círculo de cualesquiera damas.

Conviene advertir que en el caso de missis Chimp el problema de la cola no ofreció serias dificultades, debido a las proporciones arquitectónicas del ajuar.

Pero después de todo, missis Chimp tenía corazón femenino.

—Chimp—había dicho ella—¿así te diriges siempre tú a las mujeres que no conoces? ¿Y

eso a tu edad?—En sus ojos brillaba una lágrima de reproche.

—Yo te conocí inmediatamente, te lo aseguro, querida mía,—tartamudeó míster Chimp.

Ella no insistió, pero el recuerdo de aquel incidente no se le borró de la memoria, y allí estaba para resucitar siempre que ocurría alguno de esos disgustillos que casi son disgustos, tan frecuentes aun en los hogares más bien constituídos. Porque, según sabemos todos, el monstruo ojiverde de los celos no vuelve a dormir una vez que se ha despertado, y se convierte per sécula en cruz y tormento de los desventurados a quienes ha mordido. Sirva esto de advertencia a todos y cada uno, ya sean bípedos de los que viven en las ciudades, ya sean personas con cola de las nacidas en los bosques.

A su tiempo salieron los niños, peregrinamente transmutados ellos también. Sin duda hubieran podido alternar con los chicos de la ciudad. La sola diferencia habría sido quizás que ellos tenían un poco más de pelo del que se acostumbra; pero con guantes en las manos y, sombreros o gorras en la cabeza, las cosas quedaban en su punto.

La familia anduvo por las calles, acompa-

La familia anduvo por las calles

ñada siempre por el inseparable pelirrojo, gozando de la vida urbana y viendo todo lo digno de verse, que pronto iban sintiéndose como patos en el agua. Maldita la gracia que les hacía el pensar en volver a la sencillez de su vida primitiva en la floresta. Por suerte su amigo se había anticipado a proveer lo conveniente para que se quedaran en la ciudad.

Con toda la cortesía y delicadeza que el caso reclamaba, para no herir el orgullo de míster Chimp ni su puntillo, insinuó que la familia debería aceptar una invitación para asistir a ciertas recepciones de la tarde y de prima noche, a las cuales, decía él, no asistía sino lo más escogido de la ciudad y en las cuales míster Chimp y su familia no tendrían sino ocupar la localidad que se les destinaba y recibir allí a los numerosos visitantes que sin duda acudirían a ellos.

Tranquilizado en lo tocante y atañedero a su dignidad, míster Chimp vino en aceptar; y ese mismo día fueron instalados los Chimps en una como gran casa con ruedas, colocada en un espacioso edificio, al cual venía gran número de gente. Si míster Chimp hubiera sabido que aquello no era más que un circo y que a él y a los seres amados se los estaba exhibiendo ante

una muchedumbre vulgar, habría sentido el ultraje en lo más hondo y hubiera procurado volverse a su floresta; pero es lo cierto que las comidas eran servidas con entera puntualidad y ese detalle en ocasiones suaviza los arranques de ira y de dignidad. Missis Chimp y los niños estaban contentos.

Alrededor de la casa oscilaban unos cuantos trapecios, en recuerdo de los pasados días. El lujo presente amortiguaba cualesquiera recelos que en el pecho paterno pudieran albergarse.

Así fué como toda la familia Chimp vino a la ciudad y se quedó allí. Míster Chimp aprendió muchas cosas, y llegó a una alta posición en sus nuevas condiciones de vida; con el tiempo se dió trazas de aprender los arbitrios y las artes de los hombres; logró abandonar su jaula y tomar parte en los negocios de las gentes que lo rodeaban.

Adquirió cierto aire severo y solemne, que no dejaba por un instante, y procuraba parecer sabio siendo de pocas palabras y de ningunas obras; de ese modo subió en la consideración de las gentes, y empezaron a lloverles honores y distinciones. Llegó a ser regidor, alcalde de la ciudad y político influyente. El sol de la for-

tuna les dió brillo a la esposa y a los hijos y éstos se casaron, llegado el momento, en la aristocracia del país.

La cola era para ellos un motivo de ansiedad constante, pero nadie descubrió jamás el secreto de su existencia, sino tal vez cuando ya era demasiado tarde y cuando ya la felicidad de los descubridores estaba vinculada al secreto susodicho.

Todas estas cosas sucedieron hace mucho tiempo. Los enlaces de los Chimps con individuos de nuestra alta sociedad durante muchas generaciones, tal vez expliquen por qué hallamos tan amenudo gentes que tienen todos los rasgos físicos y mentales que distinguían a la raza pura de los Chimps; gentes que tal vez llevan en el alma las altivas tradiciones que míster Chimp le predicaba a su familia en la copa de aquel árbol altísimo, donde corrieron los mejores años de su vida, y donde pudo presenciar todas las cabriolas de sus padres, cuando ellos a su vez le enseñaron a él el arte de la vida; arte, decía míster Chimp, que después de todo se reduce, así en la ciudad como en el bosque, a saber guardar el equilibrio y salir airoso de los malos pasos.

El Galeón

I

CARTAGENA de Indias fué una gran ciudad en otro tiempo. Está situada a orillas del mar, sobre una lindísima bahía. Fué fundada por los españoles, quienes la rodearon de altas murallas de piedra. A lo largo de ellas construyeron cuarenta y ocho fortalezas, que llamaron castillos: y pusieron cuatro castillos más en los cerros vecinos que miran hacia el mar. En los castillos y sobre las murallas emplazaron gran número de cañones.

Cartagena está en un país muy lejano de Europa y que en aquellos tiempos era conocido con el nombre de Nueva Granada. Los españoles habían descubierto ese país. Al llegar allí encontraron muchos pueblos de otra raza, que hablaban lenguas no entendidas por los españoles. Los europeos llamaron *indios* a aquellos naturales.

Tenían los indios gran cantidad de oro en muy diferentes formas, como brazaletes, petos y muñecos de extrañas figuras; gran copia de plata y no pocas esmeraldas. Los españoles les quitaron a los indios todo eso.

El oro y la plata se encontraban en ciertos parajes de las montañas llamados *minas*. Como esos metales se hallaban íntimamente mezclados con las rocas, era muy difícil obtenerlos. Los conquistadores forzaban a los indios a trabajar en las minas sin remuneración alguna; no les daban siquiera alimentación suficiente; así era que los pobres indígenas sufrían horriblemente, a tiempo que los españoles se enriquecían.

El oro y la plata que producían las minas, eran enviados a España. De distintos puntos del país se acopiaban en Cartagena grandes cantidades de metales preciosos. Para guardar esos tesoros, mientras se enviaban a España, había sido fortificada la ciudad y se la había guarnecido con no escasas tropas.

En aquellos tiempos no eran conocidos los buques de vapor; sólo existían los barcos de vela construídos de madera íntegramente. Había también muchos buques provistos de arti-

llería, llamados *piratas* o *bucaneros*, que asaltaban los barcos mercantes para robarles cuanto podían.

Sucedió uno de esos días que en Cartagena custodiaban un enorme tesoro de oro y plata en barras, de perlas y de esmeraldas, mientras llegaba la Real orden para remitirlo a España. Lo supieron los piratas y formaron el propósito de asaltar a Cartagena para llevarse el tesoro que allí guardaban.

II

Los carta eneros vivían tranquila y pacíficamente. El clima es allí caluroso durante todo el año. En esa parte del globo no hay estaciones; la nieve es desconocida y las plantas están siempre verdes. Los habitantes de regiones como aquella son muy poco activos en general.

Los soldados imitaban a los paisanos; hacían el ejercicio reposadamente, sin fatigarse. El cielo estaba siempre límpido y azul; las aguas de la bahía, casi inmóviles, besaban con blandura las amarillas arenas de la costa, sin ruido ni rumor. El viento apenas rizaba la bandera que se erguía en el castillo más próximo al mar.

Un día el centinela creyó que, allá lejos, donde se juntaba el cielo con las aguas, veía un punto que podía ser tal vez un barco, tal vez una nubecilla. Al principio el centinela, que estaba amodorrado con el calor del mediodía, prestó muy poca atención. Algunos instantes después vió, sin embargo, que aquello no era una nube sino un buque que se aproximaba a la entrada de la bahía. Dióle aviso inmediatamente al comandante del puerto.

—¿Qué bandera traen?—preguntó el Comandante.

—Me parece que no traen bandera ninguna; pero no lo sé de fijo, porque todavía están bastantes lejos.

—Que se dispare el cañón, pues debemos saber quiénes son ellos.

Se dió la señal ordenada. Ya podían verse los buques perfectamente; eran diez en número, de distintos tamaños, y no enarbolaban bandera alguna.

Por dos veces se repitió la señal, disparando el cañón. Los buques no se dieron por advertidos y siguieron avanzando.

El Comandante, ya inquieto, tomó el anteojo y miró. Por la forma y el aparejo conoció

que los buques eran extranjeros, que estaban artillados y que traían numerosos tripulantes, de mala catadura y con pistolas y sables al cinto.

A bordo de los buques se advertía mucho movimiento; los soldados cargaban los cañones; no había duda que se disponían a atacar la ciudad. Evidentemente eran piratas.

III

La campana de la torre tocó a rebato en el castillo delantero; pronto se echaron a vuelo las campanas de las torres en los demás castillos. Y en las murallas, en los fuertes y en las calles, resonaron las trompetas llamando a las armas a los soldados y a los ciudadanos.

Todo el mundo abandonó al instante sus quehaceres: panaderos y matarifes, sastres y albañiles, zapateros y ebanistas, agricultores, dependientes y tenderos, viejos y jóvenes, hombres y muchachos, todos los que podían llevar un fusil o prestar ayuda en las baterías, se echaron a la calle para correr a ocupar sus puestos en las murallas y en los castillos que daban frente a la bahía. Las mujeres se con-

gregaron en las iglesias, a llorar y a rezar por sus maridos, sus hijos y sus hermanos.

Adiós reposo, adiós quietud de la pacífica ciudad. Las trompetas, las campanas y los gritos de la multitud, ensordecían los aires.

En las murallas y en los castillos fronterizos, los cañones se volvieron hacia los buques, y apuntaron. El Comandante dió la voz y abriéronse los fuegos. Pero los buques piratas seguían avanzando como bandada de grandes aves negras.

Los piratas contestaron los fuegos bien pronto: los flancos de sus barcos resplandecían y tronaban. Sobre la ciudad, las murallas y los castillos, caían, grandes y rojas, las balas de cañón, muchas de ellas estallaban al caer y esparcían una lluvia de metralla.

Los campanarios venían a tierra; los edificios se incendiaban, y por las calles discurrían a escape los caballos heridos, locos de dolor.

Bajo el nutrido fuego de los piratas, caían hombres por todas partes. Gran número de heridos y moribundos eran retirados de la línea de batalla y llevados lejos de la costa.

Los buques estaban ya muy cerca, y a cada instante el combate era más encarnizado. Los

piratas también habían sufrido enormemente; algunos buques tenían mástiles rotos y caídos, cubiertas despedazadas, cascos perforados. No obstante se preparaban con brío para hacer un desembarco, protegidos por el fuego de sus cañones. Se veían soldados embarcándose en los botes, para dar un asalto a la ciudad.

En aquel momento el comandante en persona, tomó el cañón, hizo blanco en el más grande de los buques filibusteros, y disparó: la bala hiere el casco y justamente en la línea de flotación, ábrele una brecha enorme en el costado, precipítanse dentro las aguas y el buque empieza a hundirse sin demora. No tuvo tiempo la tripulación de hacer esfuerzo alguno para salvarlo: el buque se hundía irremediablemente. Luego se inclinó sobre un costado, y en pocos minutos desapareció bajo las aguas. Ni aun los topes de los mástiles quedaron visibles sobre el remolino que formó al hundirse.

De las murallas y de los castillos surgió un estruendoso clamor de regocijo, y súbitamente callaron los fuegos de una y otra parte.

Los bucaneros quedaron aterrados, y sólo pensaron en la fuga; viraron de bordo y gobernaron hacia el océano, dejando atrás, en el

fondo de la bahía, el mejor de los buques con todos sus tripulantes y con el jefe de la expedición.

El combate había durado más de tres horas. Los mejores edificios de la ciudad quedaban en ruinas o seriamente averiados, y muertos, heridos o en la miseria, un número enorme de soldados y paisanos. La victoria fué costosa.

IV

Pocas semanas después de aquellos tristes sucesos, el pueblo se reunió y elevó una petición a su amo y señor el Rey, la cual le fué enviada a su palacio de Madrid, en España, al otro lado de los mares. En ella se le pedía humildemente al Soberano, que hiciese sacar de la ciudad el tesoro cuya custodia les había costado tan cara a los cartageneros, alegando que los piratas podrían rehacerse y volver en mayor número.

Concedió el Rey lo que se le pedía, y envió un poderoso buque de guerra, *El Galeón*, de tres palos, cuatro puentes y doscientos cañones, a que llevase de Cartagena a España el oro, la plata, las perlas y esmeraldas que tanto atraían a los bucaneros. Contentísimas se pusieron las

gentes cuando llegó el buque a Cartagena, e inmediatamente llevaron el tesoro a bordo y lo depositaron en la bodega. Además del tesoro, el buque tomó abundante carga de varios productos indígenas: cocos, ñame, cazabe, piñas, pájaros que tenían hermoso plumaje y sabían hablar, monos inquietos, palmas, orquídeas, plantas trepadoras, y muchas otras cosas admirables de las que se producen en los climas ardientes.

Sobre cubierta aquello era un jardín; los mismos cañones desaparecían bajo aquel mundo de objetos extraños y curiosos.

Algunas personas de la ciudad tomaron pasaje en el buque.

Un día, después de recibir la bendición episcopal, dieron la vela a la blanda brisa y gobernaron mar adentro. En el tope del palo mayor flotaba la bandera y parecía volverse hacia la costa para decirle adiós a la ciudad amiga.

V

Unos tras otros pasaban los días de navegación feliz. El barco hendía las aguas suave-

mente. El cielo de azul profundo y sin una nube; desbordante de luz durante el día, se tachonaba de millares de estrellas durante la noche. Los navegantes pasaban las horas comiendo, bebiendo, charlando y cantando al són de las guitarras y bandurrias. Todo era contento y regocijo a bordo.

Una quincena había corrido, cuando un día el capitán que se paseaba sobre cubierta acompañado del primer oficial, dijo señalando hacia sotavento:

—¡Hum! Aquella nube presagia mal tiempo.

—Sí, señor; aunque sólo parece una manchita.

—Pues ya se nos viene encima, créalo usted. Baje y vea que todo esté listo. Que permanezcan abajo los pasajeros y las gentes que no estén de servicio.

Los pasajeros se rieron de los temores del capitán, cuando los supieron. El cielo estaba azul y el mar parecía un gran lago.

La nubecilla, sin embargo, fué tomando cuerpo, y pronto comenzó el viento a soplar con fuerza. El buque empezó a estremecerse como corcel que siente el acicate. La nube era ya negra masa amenazante, que obscurecía el

horizonte; el viento daba aullidos en las jarcias.

La obscuridad era completa; la lluvia caía a torrentes; las olas parecían montañas, y el barco daba terribles balances, como si fuera a volcarse. Los rayos rasgaban las nubes, franjándolas de vivo fuego deslumbrador. Las velas estaban hechas girones, y las olas se lanzaban por encima de los puentes con estruendo de caballos al galope.

El furor de la tempestad fué mayor cuando sobrevino la noche. Debajo de cubierta, en los camarotes y salones, se oían plegarias, y sollozos, y crujir de dientes. La voz del capitán dominaba el estruendo del temporal y se oía dando órdenes, sonora y vibrante como una trompeta. El buque había perdido el rumbo e iba arrebatado por la tempestad en medio de las tinieblas; los mares circunvecinos eran peligrosos, y el capitán no sabía hacia dónde iba el buque. No quedaba más sino esperar en Dios.

Repentinamente sucedió una cosa espantosa. El buque entero dió una recia sacudida, procedente de un choque vigoroso, y siguió temblando, como una pluma en el viento: se había estrellado contra una roca a flor de agua y se

le había abierto un gran portillo en el costado, por donde se lanzaron hacia adentro en cataratas las aguas con que hasta entonces había luchado el barco tan gallardamente.

—¡A los botes! ¡a los botes!—gritó el capitán.—¡Nadie lleve nada! ¡Estréchense, estréchense bien!

Todo el mundo obedeció a la orden. Unos tras otros iban descendiendo a las hirvientes olas los botes cargados de gentes temblorosas. Pronto quedó el buque solo y sin auxilio, clavado a la roca, sumergiéndose gradualmente.

Los botes se dieron prisa a alejarse del remolino que el buque había de producir al hundirse; llevaban más gente de la que podían contener, y apenas lograban mantenerse a flote. Eran grandes la obscuridad, el viento y la lluvia, y a cada momento parecía que iban a hundirse los botecitos.

Al salir el sol calmó la tempestad, el viento empezó a caer y las olas fueron aquietándose.

—¡Bogar con brío! ¡remar para salvarnos!—ordenó el Capitán. En triste procesión, subiendo y bajando por el lomo de las olas, los botes iban siguiéndose unos a otros. El único ruido

que se oyó durante todo el día fué el incesante golpe de los remos. Los remeros que se fatigaban eran reemplazados por otros no menos exhaustos y rendidos de cansancio. Todos estaban hambrientos y muertos de sed: algunos chupaban las ropas húmedas, buscando una gota de agua.

Al caer la noche el mar estaba ya en completa calma y el cielo constelado de estrellas brillaba otra vez allá arriba, como en los felices días de *El Galeón*.

Cuando rayó la luz de la mañana, los náufragos pudieron ver tierra: ante ellos estaba otra vez la vida. Hacia el nordeste, en la brumosa lejanía, se alzaba, como un montón de nubes, lo que para el ojo de los marineros era una isla inequívocamente. La desesperación se trocó en brío. Remaban con tesón, olvidados del cansancio. La tierra se veía más claramente a cada instante; de la memoria huían los tormentos del hambre, de la sed y de una actitud inmóvil prolongada.

Las verdes montañas y la costa sonriente parecían darles la bienvenida con alborozo.

VI

Pronto vino auxilio de la costa. Los pasajeros y la tripulación, que no acertaban a creerse salvos, se encontraron en las playas hospitalarias de Trinidad. Desde allí alcanzaban a ver las casas y las iglesias de la ciudad, en medio de las palmeras distantes. Todo aquello les parecía un sueño.

De tal modo les había agotado la ansiedad, que se tendieron en el suelo y se quedaron dormidos, sin poder contestar a las numerosas preguntas que les dirigían.

Pocas horas después volvieron en sí y tomaron algún alimento, con lo cual repararon las fuerzas. El recuerdo, con todo, de los pasados sufrimientos aún gravitaba en sus cerebros, llenándolos de angustia.

—¿De dónde venían ustedes?

—De Cartagena de Indias.

—¡Ah! ¿Qué navío?

—*El Galeón.*

—¡Oh! ¿Qué carga?

—Oro, plata, perlas y esmeraldas del Real Tesoro de España.

—¡Eh! ¡eh! Y ¿cómo se perdió el buque?

—Encallamos en un arrecife a la altura de las Islas de los Caimanes.

—¿Síííí?

A tal noticia se desvanecieron los salvadores: la caridad había hecho plaza a la codicia, y los náufragos, hombres, mujeres, quedaron solos en la playa abandonados a sus propias fuerzas.

Diéronse trazas de llegar a la ciudad, donde las autoridades les prestaron ayuda y a su debido tiempo los embarcaron para España. Llegaron, es claro, sin un céntimo en el bolsillo, después de aquella terrible travesía, en que se fueron a fondo *El Galeón* y los tesoros que llevaba.

VII

Los salvadores habían entrado en conferencia. No era posible dejar el tesoro debajo de las aguas. En buen tiempo era fácil pescarlo del fondo del mar. Era preciso no perder tiempo, no fuera que otros acometieran la empresa, sabiendo como sabía todo el mundo la situación exacta de los temidos arrecifes de los Caimanes.

Pocos días después se dió a la vela una goleta, tripulada por unos cuantos buzos atrevidos, en busca del tesoro sumergido.

A la hora de partir la goleta, había llegado un hombre desconocido pidiendo que se le tomara a bordo. Él conocía el secreto de la expedición y exigía una parte en la empresa. Le recibieron a bordo los expedicionarios, temerosos de que, si lo dejaban, divulgara la noticia de que un barco había partido para los arrecifes de los Caimanes en busca de las indecibles riquezas que se habían perdido con *El Galeón*.

La goleta llegó a su destino al segundo día de navegación. Inmediatamente empezaron los sondajes y a poco quedó fijado con certeza el paraje donde *El Galeón* se había ido a pique.

Los buzos, atados a una cuerda, empezaron a zabullir valientemente en las tranquilas aguas; pero no bien se habían sumergido cuando volvían a la superficie gritando que los alzaran prontamente a bordo. Decían haber visto un cardumen de tiburones que bullían allá abajo como si guardasen el casco del aportillado *Galeón*. Parecía, pues, que no habían de realizarse los sueños de ambición.

Así las cosas, el hombre desconocido salió a

ofrecer que él haría el trabajo si le ayudaban. Había traído consigo una caja grande, de la cual sacó un equipo sumamente raro. Se componía de pantalones y camisa, hechos de lona gruesa y forrados con una tela fuerte de alambre; para la cabeza tenía una esfera hueca de hierro con tubos o mangueras, para dejar penetrar el aire de arriba y provista de un orificio cubierto de un cristal, para mirar hacia fuera por allí.

Se vistió con ese equipo y quedó como un monstruo, tosco y pesado. Sujetáronlo del cinturón con una cuerda, y lo sumergieron lentamente en el agua. En la mano llevaba un gran machete.

Un enorme tiburón se precipitó sobre el buzo. Este esgrimió su machete con destreza y lo mató en un abrir y cerrar de ojos. Otros tiburones trataron de cerrarle el paso; pero protegido como estaba por su armadura de alambre, hirió con denuedo a diestra y siniestra, arreó lejos a los tiburones y llegó al casco del buque, donde se ocultaban las cajas con el tesoro.

Ató las cajas con cuerdas que le arrojaron de la goleta, y así las subieron a bordo una por una. Casi un mes de trabajo constante gastaron

en la obra; pero al cabo de ese tiempo el tesoro íntegro estuvo a bordo de la goleta.

Diéronse luego a la vela hacia un puerto lejano y desconocido, llevándose el gran tesoro que los conquistadores habían acopiado en largos años de violencia y de tiranía y por el cual suspiraba en vano Su Majestad. Sucede que las riquezas mal adquiridas rara vez aprovechan a quien las acopia.

Los afortunados expedicionarios se distribuyeron el tesoro, dejándole buena parte, por supuesto, al hombre desconocido.

Guardaron el secreto de la expedición los que en ella tomaron parte, y hasta hoy creen muchas gentes que *El Galeón* con su carga de oro, de plata, perlas y esmeraldas, reposa tranquilamente bajo las aguas del Mar Caribe, entre Cartagena de Indias y la isla de Trinidad.

Una tertulia

Los señores de León acababan de mudarse a su nueva residencia. Era ésta una espaciosa caverna, situada en lo profundo de la selva y con salida a un gran claro, circuído por un anillo de árboles altísimos. No lejos de allí corría un arroyo bullicioso. El vecindario era selecto, como convenía a gentes tan exquisitas en eso de escoger amigos y convivientes.

Tanto el Sr. de León como su esposa, estaban bastante entrados en años; se conservaban empero fuertes y robustos y todavía sentían los placeres de la vida. Dos hijas que tenían se habían casado felizmente y vivían en otra comarca; el hijo varón, cuyas calaveradas habían ocasionado tantos dolores de cabeza a sus señores padres, había acabado por escaparse de la casa paterna, y andaba por esos mundos en amor y compañía de una cierta damisela, hembra fecun-

da en trazas y en ardides. Por lo bajo se decía que, olvidando lo que pedían su alcurnia y las venerandas tradiciones de su estirpe, se había contratado por un mendrugo en una compañía de animales sabios y andaba por allí, de villa en villa, ejecutando cabriolas indecorosas ante plebeyas multitudes. Pudo la señora de León, madre al fin, perdonarle a aquel mozo sin principios, un sin número de barbaridades contra la moral y la religión; pero madre y todo, no podía ella, no podía, perdonarle aquella última claudicación, que tan mal paradas dejaba las sacras tradiciones de familia. Así fué que resolvió arrojarle de su corazón y de su memoria.

Porque aristócratas lo eran en toda regla los señores de León; en esa materia nadie podía echarles el pie adelante. El más sañoso enemigo, habría tenido que confesarles que por muchas centurias habían vivido solamente de la propiedad ajena. Faltas tendrían acaso, pero jamás incurrieron en la plebeya debilidad de pararse ante los pretendidos derechos de otros seres más debiles y por tanto menos encumbrados que ellos.

Desengaños los tuvo el señor de León en la carrera pública. Otros, más listos y menos es-

crupulosos, se dieron trazas de birlarle honores y posiciones que sin lugar a duda le correspondían a él. De ahí que fuera un poquitín irascible y retraído de vez en cuando.

Por su parte la señora de León se aficionaba cada vez más a la sociedad, con sus deliciosas frivolidades y murmuraciones. Tal diferencia de gustos había ocasionado frecuentes riñas entre ellos; y perdónese que usemos palabra tan vulgar hablando de personas que con tanta rigidez observaban las buenas formas.

La señora de León creía necesario celebrar el estreno de la nueva morada festejando con una tertulia a unos cuantos amigos íntimos; pero... ¿y su marido? Cargara el diablo con aquellas extrañas ideas de retraimiento, necedad pura, a las cuales no podía ni quería ella someterse buenamente.

Una tarde, aprovechando aquel soporcillo de sobremesa que tan propicio le había sido en otras ocasiones, empezó a decir la dama:

—Leoncico mío, ¿te sientes bien?

El Sr. de León, que estaba medio dormido, no contestó.

—Mi dueño—dijo ella un poco más recio, dueño mío...

—Bien, bien; ¿y qué se ofrece?

—¡Oh! nada; me ocurre que...

— Ojalá no vinieras a marearme ahora. Ya sabes que no puedo volverme a dormir cuando me interrumpen la siesta.

—Lo siento mucho. Pero quería decirte...

—¿Qué?

—Pero ¿estás bien despierto?

—Vaya si lo estoy. ¿De qué se trata?

La señora de León, como veterana que era, sabía muy bien que con un ataque súbito se obtiene a veces éxito completo.

—Estaba pensando en la tertulia de estreno.

Había estallado la bomba. Sería penoso describir la escena que vino en seguida. El iba olvidándose de sí mismo: le dijo que ya ella no era joven, que había perdido sus antiguos encantos, que ya estaba para recatarse y no para andarse exhibiendo, que era frívola y que sólo pensaba en la chismografía ociosa y malévola. La dama lloró amargamente, dijo que quisiera morirse y, después de todo, acabó por salirse con la suya, pues el marido tuvo que ceder ante tales argumentos. Quedaron, pues, convenidos en que la tertulia se llevaría a cabo en una fecha próxima.

La tarde del día señalado, los señores de León, a pesar de una ligera disputa conyugal, se hallaban dispuestos a darles la bienvenida a sus huéspedes; y no parecía sino que aquel matrimonio fuera emblema vivo de la amorosa ternura y la felicidad perfecta.

—Allí viene aquella vieja bruja,—murmuró la de León, refiriéndose a doña Girafa.—Ojalá que tú no hubieses insistido en invitarla.

—Me parece muy buena persona y muy amable.

—¡Oh! sí; ya sé que así te lo ha parecido siempre. No tengo tan poca memoria como tú crees. Eso podía pasar cuando éramos jóvenes... Apenas se le murió el marido perdió por completo la vergüenza esa zanquilarga, pescuezo de violín, vieja manchada.

—Cállate, hija—interpuso él,—que puede oirte.

—Bien venida, querida mía—dijo la de León saliendo al encuentro de doña Girafa.—Cuanto celebro verla; y qué linda está usted; encantadora a fe mía. Temí que no viniera;—y las dos amigas reían como en sus mocedades. Sentáronse juntas y, echando en olvido al señor León, charlaban de lo lindo y hacían todo

género de comentarios sobre los contertulios, que ya empezaban a llegar en número crecido.

Se presentaron el señor de Toro y su esposa, Vaca de Toro, acompañados de don Buey hermano del primero.

—No puedo sufrir a esta familia—dijo la Girafa—¿Por qué no dejarán en casa a ese tío? Viejo más tonto.

—¿Se refiere usted al Buey? Es un pobre viejo bonachón.

—Sí; pero poco interesante. Dicen que ara.

—¡Horror! Después de todo, es perfectamente inofensivo.

Pronto estuvieron reunidos todos los convidados. El señor de León se mostraba obsequioso con todo el mundo y dejaba caer aquí y allí frases y miradas cariñosas, que habían de ser recogidas y guardadas como oro en paño, por los afortunados a quienes se dirigían.

Pasados los primeros saludos y las presentaciones de estilo, pudo notarse que no era grande la animación de la tertulia.

Don Elefante había traído consigo a su hijo menor, niño todavía, pero más acorpado ya que la mayor parte de los individuos presentes. Era

un poco zurdo el jovencito y andaba empujando y atropellando a todo el mundo.

Don Rinoceronte, silencioso e insociable, se paseaba solo de una parte para otra, asustando a las gentes con aquel su cuerno que parecía una lanza.

El Coronel Tigre, celoso de la popularidad que tenía el dueño de la casa, discurría por allí soltando cada chisme para dar miedo: que si la austeridad de él era mera filfa; que si su señora era frívola hasta dejarlo de sobra; que si marido y mujer se andaban a la greña.

La familia Oso estaba positivamente fastidiada, y se habría retirado desde luego, si no hubiera temido ofender a la dueña de la casa, que no perdonaba con facilidad.

El Doctor Pollino miraba a todas partes, tomando las cosas y las personas con ciertas socarronería, como filósofo que era.

El Licenciado Zorra, que fué sin su familia, se ocupaba en tomarle el pelo al respetable señor Oso. Fingiendo que no lo veía, le pasó la cola por las narices y lo hizo estornudar violentamente. A no ser por don Elefante, que a tiempo interpuso su ponderosa personalidad, hubiera pasado mal rato el Licenciado Zorra,

pues el agraviado era persona que montaba en cólera siempre que estornudaba.

Míster Chimp y missis Chimp, estaban allí con sus chiquillos; los cuales para consternación del padre, se divertían en arrojarles nueces, desde los árboles a donde habían trepado, a las personas que estaban a su alcance. No podía míster Chimp, sin comprometer gravemente su dignidad, que era el tesoro de la familia, encaramarse por esas ramas a castigar personalmente las barrabasadas de su prole; y es el caso que la tal prole había ofendido, haciéndoles puntería al rostro, a personas tan respetables como don Buey, doña Girafa y la misma señora de León.

Atenta a sus deberes anfitriónicos, decidió la de León organizar algún agradable pasatiempo en que tomasen parte cuantos se hallaban presentes. Y para el caso le ocurrió una idea magnífica: ¿Qué más sino organizar allí mismo un concierto, en el cual habían de tomar parte todos los concurrentes, cada cual a su modo?

—Doctor—dijo luego,—voy a organizar un coro. ¿Cuento con usted?

—Señora—contestó Pollino,—rebuznaré según mi leal saber y entender.

—¿Y usted, don Buey?

Ruborizándose ligeramente, prometió él que mugiría.

—A ver, a ver; a ensayar un dúo.

—Ji-joo-ji-joo. Múu-úu.

—¡Delicioso! ¡encantador!—exclamó la de León.—Esperen ustedes un momento, mientras veo que otros amigos los acompañen.

A poco estuvo completo el coro. A los artistas mencionados, que debían mugir y rebuznar, se agregaron el señor de Caballo, peritísimo en punto de relinchos, y el venerable Sr. Oso, a quien correspondió la parte rugiente. En los pasajes de fuerza debía apoyarlo el anfitrión, inducido a tales gallardías por doña Girafa, la cual convino con mucha esquivez en dar chilliditos de tiempo en tiempo. A los Chimps les correspondió la parte declamatoria, melopéyica como si dijéramos. Zapaquilda y Micifuf, postreros pero no últimos, adularían el oído con los cantos de amor de sus floridos años. Don Elefante iba a ser director de orquesta; la trompa le serviría de batuta.

Antes de empezar el concierto, el señor de León, en nombre suyo y en el de su esposa, les dió las gracias a los concurrentes, en breves y

escogidas palabras, por el honor que les dispensaban, y manifestó la esperanza de que quisieran frecuentar la casa en lo porvenir.

Don Elefante levantó la trompa y dió la señal de comenzar.

Ji-joo-ji-joo, *Múu-múu;* y los demás fueron ingresando en el coro, esforzándose cada cual por hacer cuanto sus alcances le permitían.

El efecto fué sorprendente. Aquello formaba un estrépito aterrador, un alboroto que ponía espanto en los mismos ejecutantes del concierto. Ninguno de ellos se atrevía a callar: cada cual quería ensordecerse con su propia voz, para no escuchar la voz de los demás.

El miedo, que iba en crescendo, comenzó a producir el efecto de un incendio incontenible. Todos, absolutamente todos, perdieron la serenidad y, dominados por el terror, apelaron a la fuga; a una fuga vertiginosa, a una fuga cuya velocidad no tuvo más límite que la agilidad de las piernas...

La tertulia tocó a su fin. Sólo el doctor Pollino conservó la sangre fría y permaneció en su puesto rebuznando con serenidad triunfal, cuando todas las otras voces se habían extinguido ya. Los señores de León, no bien vueltos

El efecto fué sorprendente

de su espanto, yacían acurrucados en el más recóndito rincón de la caverna, y el rebuzno seguía vibrando, triunfador y supremo; voz grande y única en los mundos del sonido.

La tierra de El Dorado

He aquí la historia del Lago Místico.

He aquí la historia del príncipe que recubría su cuerpo con polvos de oro, —allá en tierras muy lejanas y en muy lejanos días—y a quien los conquistadores dieron el nombre de *El Dorado*.

He aquí la historia de la gran Catarata, que aun sigue cayendo y tronando, en memoria de lo acaecido allá en tiempos tan remotos.

I

El pueblo chibcha vivía en una llanura extensa situada en el corazón del vasto continente sudamericano. La llanura se halla en aquella parte del globo donde los rayos del sol caen verticalmente como el agua de las nubes. Esa parte de la tierra se llama los trópicos.

Hace allí mucho calor, y no hay invierno nunca.

En la tierra de los chibchas el calor no era tan grande, porque ellos vivían en una *meseta*, que es una llanura en la cumbre de las montañas. Los chibchas habían sido muy ignorantes en otros tiempos: no sabían cultivar la tierra ni construir habitaciones cómodas; vivían pobres y hambrientos; se alimentaban con frutas y raíces como pájaros y cuadrúpedos que mataban con sus flechas, y con peces qué cogían en sus redes. Apenas tenían con que cubrirse el cuerpo. Eran lo que se llama *salvajes*.

Los chibchas eran indios de baja estatura, piel amarilla y nariz achatada.

Un día apareció entre ellos un hombre blanco, de barba dorada. Venía ataviado con vestidos que le cubrían todo el cuerpo, y era benévolo y generoso.

Pronto supieron que se llamaba Bochica. Él les dijo que había un sér superior, un Dios cuyo nombre era Zoé, el cual había creado los hombres, los animales, las plantas, las rocas, el agua, el aire y cuanto existía en la tierra, los ríos y los lagos, y todo cuanto se veía, como el sol, la luna y las estrellas. Díjoles también que Zoé había dispuesto el curso de las estacio-

nes, el movimiento de los astros y el destino de los hombres, es decir, la vida y la muerte, el dolor y la dicha.

En un principio los chibchas no comprendieron lo que todo aquello significaba, pues el entendimiento de ellos era como el de los niños, para quienes cada día del año y cada hora del día trae una nueva sorpresa. Poco a poco, empero, esas ideas comenzaron a ser más claras para ellos y entendieron, hasta cierto punto al menos, que había un ser Supremo, creador y ordenador de todas las cosas visibles e invisibles.

II

También les enseñó Bochica el arte de cultivar la tierra. Mostróles que las semillas sembradas en ciertas épocas de año, reventaban en plantitas menudas que, nutridas por la tierra y por las lluvias, y calentadas por el sol, iban creciendo en tamaño, y con el tiempo producían frutos, los cuales cogidos en la madurez, proveían de alimentación segura a los sembradores. Instruyólos asimismo en la manera de guardar sus frutos para que durasen hasta

la cosecha próxima, redimiendo a sus dueños del hambre y de la miseria.

De Bochica supieron las gentes que hay muchas plantas de cuyas hojas y tallos se pueden extraer ciertos hilos llamados fibras, que aprendieron a torcer y a tejer en forma de telas, para hacerse vestidos y cubrirse el cuerpo. Entonces supieron los chibchas que de cierto arbusto llamado algodonero podían coger una lana natural, propia para hacer telas y frazadas.

Adoctrinados por Bochica, comenzaron a construir casas de bahareque; clavaban estacas en el suelo; llenaban los espacios intermedios con barro, el cual, secado por el sol, formaba las paredes; y cubrían los techos con paja, como resguardo contra el sol y las lluvias.

Bochica les enseñó asimismo a construir redes más adecuadas que las que tenían para coger los peces en los lagos y en los ríos y a construir mejores arcos y flechas para matar la caza en los bosques y los pájaros en el aire.

Así fué que la vida de los chibchas cambió de aspecto completamente al cabo de poco tiempo, porque ya tuvieron vestidos, casas cómodas y abundancia de alimentos. En todas direccio-

nes crecían las sementeras de granos, y las gentes vivían satisfechas y felices.

III

No se limitaban a lo dicho las enseñanzas de Bochica: enseñóle también al pueblo la ley de amor y caridad; ordenóles que guardasen la paz entre sí y con los vecinos; que a cada cual se le respetase como propio lo que ganase con su trabajo; que contribuyesen todos y cada uno al bienestar de los demás; y que obedeciesen a sus soberanos y respetasen las leyes establecidas para el gobierno de la comunidad.

Bochica les aseguró que en cuanto viviesen de acuerdo con lo que les había enseñado, serían felices y gozarían de la protección y bendiciones de Zoé, el supremo gobernador del mundo; y que, al contrario, si no eran justos y virtuosos, si olvidaban el culto de Zoé, si eran crueles y orgullosos y perversos, el castigo de Zoé recaería sobre ellos.

IV

Después de haber conducido al pueblo de la pobreza a la holgura, de la ignorancia al cono-

cimiento de las artes que habían de hacerlo rico y feliz, Bochica desapareció sin que nadie supiera a dónde ni cuándo se había marchado.

Los chibchas recordaron sus enseñanzas por largo tiempo. Su riqueza aumentaba todos los días, edificaban aldeas y ciudades, consagraban templos a Zoé, el Todopoderoso, y comerciaban con los pueblos vecinos, cambiando sus tejidos por lo que esos pueblos podían suministrarles, que era oro principalmente.

Pronto aprendieron a trabajar el oro y a hacer dijes y adornos con que alhajaban sus personas o que llevaban como ofrendas a los altares de los templos.

Sostuvieron varias guerras con sus vecinos y salieron victoriosos; extendieron sus dominios al Este y al Poniente, al Sur y al Septentrión, y el Imperio llegó a ser próspero y grande.

Con el correr de los años, sin embargo, y por la riqueza y la prosperidad, los chibchas se tornaron orgullosos y dominantes; fueron crueles, olvidaron el culto de Dios y se dieron a la embriaguez.

Los reyes no daban buen ejemplo a los pueblos, antes bien superaban a los súbditos en vicios y crueldad.

Habían olvidado por completo las enseñanzas de Bochica en cuanto se refiere a la conducta de la vida diaria.

V

Y sucedió que cayó sobre ellos el castigo anunciado por Bochica. Según se ha dicho, el Imperio chibcha estaba asentado en una gran llanura, en la cumbre de altísimas montañas. Alrededor de la llanura se alzaban cadenas de otras montañas aun más altas, de suerte que aquélla formaba un valle cerrado por todos los costados. Por el centro del valle corría un hermoso río, al cual se juntaban numerosas corrientes que venían de distintas direcciones.

Un día se desataron con violencia las lluvias sobre la tierra. Vino otro día, y otro, y otro, y la lluvia seguía cayendo de manera nunca vista hasta entonces. Hincháronse el río y los torrentes, y salieron de madre, y empezaron a cubrir la tierra. El nivel de las aguas iba subiendo gradual y continuamente. Inundáronse los campos, las casas estaban cercadas por las ondas, y no había palmo de tierra que no estuviese sumergido bajo las aguas. Y la lluvia se-

guía cayendo, y los torrentes recorrían el valle embravecidos e incontrastables.

Ya se inundan las casas de los hombres y las aguas siguen subiendo, subiendo cada vez más arriba. Las gentes despavoridas abandonan sus moradas del valle y trepan a las colinas cercanas. Pero las aguas no dejan de ascender, y la llanura es un vasto lago bajo el cual han desaparecido las casas, los templos, y los árboles; y las aguas siguen subiendo, subiendo, subiendo, cada vez más arriba.

Ya alcanzan las primeras colinas donde los habitantes se han congregado y los obligan a trepar por los costados de las montañas mayores; pero el ascenso de las aguas no se detiene y las colinas se sumergen luego y las gentes se refugian en las cimas de los más empinados montes. La lluvia continúa cayendo con la misma violencia del primer día.

Las gentes carecían de albergue y alimento, no sabían hacia donde ir y las aguas, crecientes y amenazadoras, los perseguían palmo a palmo hasta en su último refugio.

Entonces entendieron que aquel diluvio era el castigo predicho por Bochica y enviado por Zoé, en pena de tantos vicios y pecados. Y

Bochica se dejó ver allá arriba entre las nubes

en su tribulación volvieron los corazones a Bochica, el Maestro y Protector. Y oraron con angustia y le rogaron que los salvase de la muerte.

Y he aquí que las negras nubes que cubrían el cielo se rasgaron de pronto, y un torrente de luz, de esa amada luz del sol que ellos no veían desde el principio de la inundación, vino a caer sobre las turbias aguas y sobre la consternada multitud.

Y Bochica se dejó ver allá arriba entre las nubes; su faz bondadosa resplandecía como los rayos del sol. En la mano llevaba un báculo de oro, que era como el cetro de un rey.

Bochica les dijo a los chibchas que Zoé, apiadado de ellos, les concedía la vida, y que aquella inundación debía recordarles a ellos, a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, los deberes que tenían para con Dios y para con los otros hombres. Luego descargó sobre la cumbre un poderoso golpe con su cetro de oro; la montaña se abrió en pavoroso abismo, y por allí se lanzaron rugientes las aguas del inmenso lago, para venir a caer, tras de aquel salto furioso, en un hondo valle más allá de las montañas, formando una cascada maravillosa que hace

estremecer los ámbitos con su rugir de trueno. Blanca como nube de incienso, surgió del fondo una columna de vapores, sobre la cual, al ser tocada por los rayos del sol, estallaron todos los colores del arco iris.

Tal fué el origen de la poderosa catarata, testimonio presente de aquella inundación formidable y de la hora en que Zoé escuchó las plegarias de su pueblo y les salvó de la destrucción.

El lago comenzó a mermar; de un modo lento y constante, tal como habían subido, las aguas fueron bajando, y a los pocos días la tierra volvió a estar completamente seca. Los chibchas reedificaron sus casas y sus templos, cultivaron los campos como antes, y en la memoria guardaron el recuerdo de los días terribles en que su nación entera estuvo a punto de perecer.

VI

Al retirarse las aguas dejaron en pos de sí una laguna, a más alto nivel que la llanura, en una cuenca de las montañas que habían sido sumergidas por la inundación. Allí quedó para

recordarles a las generaciones futuras, el gran lago que en aquel tiempo cubrió toda la llanura.

El rey y los sacerdotes le dijeron al pueblo que la laguna era sagrada, y que Zoé la había colocado allí, a la vista de todos, como prueba de su poder.

La laguna vino a convertirse en un santuario, al cual hacía peregrinaciones anuales la nación entera. Allí se celebraban grandes fiestas religiosas y todos, ricos y pobres, nobles y pecheros, traían ofrendas que eran arrojadas a las aguas.

El rey en persona dirigía la ceremonia. Sentado en su trono era conducido al lago por los súbditos, quienes se turnaban para llevar a hombros la pesada estructura donde el trono estaba colocado, y así recorrían las varias leguas que había desde el palacio hasta la laguna. El pueblo todo iba en pos del rey, cantando himnos religiosos, en interminable procesión de miles y cientos de miles.

Al llegar al lago, la multitud se desparramaba por las riberas y venía a formar una muralla viviente alrededor de las aguas sagradas. Hacíanse grandes hogueras, donde se consumían plantas resinosas de aroma penetrante;

en el aire flotaba una como nube de incienso. Resonaban cuernos y trompetas, y por el ámbito se dilataban los cánticos sagrados.

Desnudándose de sus vestiduras, el rey se ungía el cuerpo con un aceite vegetal, extraído de ciertas plantas que crecían en la llanura. Luego se revolcaba repetidas veces en un lecho cubierto de una gruesa capa de polvos de oro. Estos se le adherían al cuerpo, aglutinados por el aceite con que estaba ungido; de suerte que al levantarse el príncipe parecía una viva estatua de oro, que refulgía a la luz del sol.

Para no verlo, pues era grave pecado que ojos humanos se posaran sobre el dorado monarca, las gentes volvían las espaldas al rey y a la laguna.

Acercábase el príncipe a las aguas, donde le esperaba una balsa hecha de las cañas que crecían alrededor del lago. Sobre la balsa había un montón de dijes, brazaletes, zarcillos, petos e ídolos de oro; había también gran número de esmeraldas, que procedían de unas minas próximas a la tierra de los chibchas, y que éstos adquirían por tráfico o en sus guerras con los pueblos confinantes.

El rey subía solo a la balsa y remaba con

lentitud aguas adentro. Llegado a la parte central de la laguna, iba arrojando, una a una, las ofrendas de oro y las piedras preciosas, al fondo de las aguas. Entretanto las gentes de la ribera, siempre con las espaldas vueltas a las aguas, arrojaban hacia atrás sus propias ofrendas, consistentes también en oro y piedras preciosas.

Cuando todas las ofrendas habían sido arrojadas al lago, el rey se sumergía bajo las aguas, y dejando en ellas el polvo que le cubría el cuerpo, volvía luego a la balsa. El lugar donde se sumergía el rey, quedaba señalado por una mancha de amarillo vivo, que hacía brillar las ondas como si fueran de oro fundido.

Luego volvía remando a la ribera.

Entretanto las hogueras ardían gloriosamente; el humo perfumado, como nube de incienso, robaba la luz del sol, y los ecos resonaban ensordecidos por el estruendo de los cánticos, de los cuernos y de las trompetas.

Terminada la ceremonia, el rey y los vasallos se entregaban a la alegría, y la bebida nacional, que era un fermento de maíz, corría entonces a torrentes.

Después de dos o tres días de universal jol-

gorio, el rey era reconducido por sus súbditos a palacio. No era el regreso tan ordenado y solemne como lo había sido la marcha a la laguna.

La ceremonia tenía lugar, según se dijo antes, una vez por año.

Estos sucesos sucedieron hace siglos, antes de que América fuese descubierta, y cuando los europeos aun no sabían nada de su existencia.

Fueron los españoles los primeros europeos que arribaron a las costas del continente sudamericano. El primer pueblo indígena que encontraron, tenía vagas noticias de la gran nación chibcha, la cual vivía cientos de leguas hacia el Sur. Se hablaba de ella como de un Imperio próspero, cuyos habitantes eran ricos, sabios y diestros en las artes de la paz y de la guerra. Allí supieron los recién llegados que el rey de los chibchas se cubría el cuerpo con oro en polvo y se sumergía luego en las aguas de la laguna sagrada, que además arrojaba allí alhajas de oro y que sus vasallos hacían lo mismo.

De allí vino el nombre de *El Dorado*.

Como eran muy vagas las noticias en cuanto a donde estaba situado el Imperio chibcha, no

sabían los españoles ni los otros europeos que oyeron hablar del Lago Místico y del Rey Dorado, en qué dirección precisa habían de dirigirse para encontrar aquel pueblo tan rico y aquella laguna en donde debía hallarse un tesoro invaluable, acumulado allí en el transcurso de los siglos.

Muchos y muy audaces exploradores partieron en todas direcciones, al través de selvas intrincadas, por sobre altísimas cadenas de montañas, a lo largo de ríos caudalosos y de valles interminables, abriéndose paso con las armas por entre tribus salvajes y hostiles, en busca de la tierra de El Dorado: que está en la naturaleza de los hombres atropellar por todo peligro y ponerles el pecho a las más arduas empresas cuando la sed de oro los guía.

El Imperio chibcha fué descubierto al cabo por un atrevido explorador español. Quedaron vencidos los chibchas y fueron súbditos del rey de España; perdieron sus riquezas juntamente con su libertad. Así cayó el país de El Dorado bajo la dominación española.

El Lago Místico fué descubierto; pero bajo sus aguas yacen todavía los tesoros que allí fueron arrojados. Parece que Zoé y Bochica

velan sobre ellos; vanos han sido cuantos esfuerzos se han hecho para rescatarlos; el Lago Místico guarda fielmente las ofrendas de un pueblo que fué poderoso y cuyos días de gloria se pierden en un pasado remoto.

La leyenda de El Dorado atrae todavía a los hombres hacia el Lago Místico, sentado allá en la cuenca de una cima, en el corazón del continente sudamericano, donde el sol ecuatorial engalana a la tierra con la verdura de una primavera perpetua.

Mina y Bili

BILI, pajarillo joven, había volado toda la mañana sin rumbo y sin objeto fijos. Sentíase triste y solo, muy solo.

Vió una pajarilla, que como él, andaba volando sola.

Acercóse a ella y la siguió en silencio. Bili quería decirla algo, pero no se atrevía. Cobrando valor al fin, balbuceó:—¿Puedo... volar... contigo?—Como no obtuvo respuesta alguna, repitió la pregunta.

—Pues si quiere...—contestó ella sin volver a mirarle.

Bili se acercó más a su compañera. Después de un largo silencio, Bili preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mina.

—¡Qué nombre más bonito!

¿Puedo... volar... contigo?

—¿Te parece?—dijo Mina volviéndose a él por primera vez.

—¡Oh! sí, ciertamente.

Mina y Bili siguieron volando sin hablar por largo rato. Luego dijo Bili:

—Hagamos un nidito juntos.

Mina se sintió turbada. Al cabo dijo:

—¿Y tú sabes hacer un nido?

—Por supuesto que sí, y ya sé donde hacerlo.

—Bueno, y ¿dónde?

Bili le contestó al oído:—Allá en el campanario de la iglesia.

—¡En el campanario! ¡por cierto! Eso es absurdo. Bonita protección contra la lluvia y el sol. ¡Campanario! ¡qué gracia!—No podía estar más irritada.

—No te enojes; no lo dije por mal.

—Verdad, pero eso no quita que sea una tontería.

—Conozco otro punto mejor—dijo Bili.

—¿Cuál?

—Sé que te gustará. ¡En... el techo... de la escuela!

—¡La escuela! ¡La escuela!—gritó Mina alejándose de él.—Peor que peor. ¿No ves que

los chiquillos no nos dejarían en paz? ¡La escuela! ¡Qué gracia! No cuente conmigo.

Bili se sintió profundamente desgraciado. No sabía qué decir. Al fin insinuó con humildad:

—Tal vez tú podrías...

—¡Oh! sí, tal vez. Lo mismo de siempre. Ustedes los hombres se lo saben todo. Nosotras no tenemos voz ni voto en nada.

—Mina, por Dios, te ruego que...

—Yo conozco un lindísimo sitio en la copa de un árbol del parque, cerca del lago, sobre la avenida central. Esta mañana no tenía dueño todavía, pero será fortuna que no tenga dueño ya.

Dicho esto tendieron el vuelo hacia el parque, yendo Mina delante, con toda la rapidez que les era posible. El sitio estaba libre todavía. Mina tomó posesión de él temblando de puro gozo. Luego dijo:

—No perdamos tiempo.

Y pusieron manos a la obra. Ella se quedó en el árbol cuidando el sitio y él se fué a buscar con qué fabricar el nido. Trabajaron con tesón y al caer la noche ya estaba el nido terminado. Ya tenían casa propia. Después de la labor del día se sentían muy cansados y se quedaron dormidos inmediatamente.

Mina fué la primera que despertó al despuntar el sol.

—¡Bili!—dijo—¡Bili! ¡Biiili!

—¡Ah! ¿dónde... dónde estoy? ¡Ah! sí, ya me acuerdo. ¿Qué hay, Mina?

—¿Qué hay Bili?

En los árboles vecinos vieron otros pájaros en sus nidos; pájaros que revoloteaban alrededor o que estaban posados en las ramas; pájaros que cantaban al sol naciente; y pájaros, en fin, que después de bañarse en los pozos vecinos, dejaban secar sus alas extendidas.

—Qué pereza tengo.

—No importa, Bili. No tenemos gran cosa que hacer. Y ambos se quedaron en el nido, dorado por los rayos del sol.

Mirando las anchas calles que pasaban por debajo de los árboles, dijo Bili:

—Allí viene el aya de Sonny con otro niño.

—Ese es Sonny,—dijo Mina volviendo a mirar.

—Pero Sonny tenía rizos y este niño no los tiene.

—¿Y acaso los rizos no pueden cortarse?

De ese modo supo Bili que era inútil dis-

putar con Mina. No volvió a intentarlo nunca y la paz reinó en el nido.

. . . . . .

Todos los días volaban juntos en busca de alimento. Amenudo pasaban cerca del campanario y de la escuela; pero nada decía Bili, pues el árbol del parque estaba infinitamente mejor.

Cierto día apareció un huevo pequeñito en el nido. Al siguiente hubo otro, y otro luego hasta que fueron cuatro. Bili tenía que salir entonces solo y traer el alimento para Mina. Ella se quedaba calentando los huevos.

Al volver una tarde, halló Bili en vez de cuatro huevos cuatro pajarillos que le llamaban papá. Su corazón rebosaba de alegría.

Por varios días tuvo Bili mucho que hacer para alimentar a la madre y a los cuatro chiquillos. Pronto sin embargo tuvieron fuerzas para ensayar el vuelo, alrededor del nido primero, de rama en rama después, luego al árbol vecino, hasta que al fin pudieron volar largos trechos en compañía de sus padres.

Un día dijo Bili:

—Ya se aproxima el frío, los árboles van a perder sus hojas y la tierra se helará. Es pre-

ciso que nos vayamos a más templados climas. Al día siguiente Mina, Bili y los cuatro pajarillos, se unieron a una banda de pájaros que se cernían en las alturas como una enorme letra V. Dejaron atrás el parque, el campanario de la iglesia, la escuela, los campos, las florestas y las montañas, y desaparecieron como una nube en los cielos. Cruzaron el Océano y llegaron a un país donde el invierno es desconocido y donde los árboles están siempre verdes y cubiertos de follaje.

INDICE

TEXTO

	Págs.
PREFACIO	5
EL ARROYUELO	7
DE CÓMO LA FAMILIA CHIMP VINO A LA CIUDAD	14
EL GALEÓN	29
UNA TERTULIA	47
LA TIERRA DE EL DORADO	59
MINA Y BILI	76

LÁMINAS

La familia anduvo por las calles	25
El efecto fué sorprendente	57
Bochica se dejó ver allá arriba entre las nubes.	67
¿Puedo... volar... contigo?	77